

LA CRÓNICA

Yo lo veo así (I)

ARCADI ESPADA

Uno de los nuevos, y tan *badenpowells*, anuncios de la Compañía Telefónica dice exactamente: "Queremos ver las cosas como tú las ves". No me lo dirán dos veces. Para la mayoría de la gente, la compañía es una empresa antipática y molesta, que da muy poco por lo mucho que se lleva. Yo estoy entre esa gente y tengo una larga lista de agravios, antiguos y modernos. Pero no es la ocasión de hacerlos públicos. Sólo quiero explicar cómo veo una cosa y cómo la ve la compañía, alentado por la garantía publicitaria de que la compañía acabará viéndola como yo y actuará en consecuencia.

La telefonía digital —ya estoy entrando en materia— ha traído grandes novedades. Todas buenas. Pero una de las más inmediatas ha sido la de poder saber quién está llamando a casa o a tu corazón: en la pantalla de la mayoría de móviles o de algunos —pocos— teléfonos fijos aparece el número desde donde se realiza la llamada. Es muy cómodo. De pequeño ya era bastante señorito y siempre fantaseaba con poder discriminar cuando sonaba el teléfono: levantarlos con las chicas y dejarlo sonar eternamente en el limbo, cuando telefonaba la tía abuela, tan cariñosa y prolija.

Hace poco, sin embargo, tuve una experiencia que verdaderamente me llevó a apreciar el invento.

Empezaron a llamar a casa de madrugada, con el consiguiente sobresalto. Llamaban y colgaban, aunque ya te habían jodido. El insomnio, como el aburrimiento, es altamente creativo. Repasé las posibilidades de respuesta de que disponía y hablé con una operadora de la compañía para explicarle el caso y saber qué se podía hacer. Era de la compañía, pero amable e inteligente.

—¿Tiene móvil?

—Sí.

—Antes de irse a dormir desvíe las llamadas del fi-

jo al móvil. En la pantalla le aparecerá el número del indeseable.

Aquella noche apenas dormí. Todo estaba preparado. Pero nadie llamó. No fue hasta dos noches más tarde que cayó la presa. El *ring* estruendoso esparcía la zozobra: yo sonreía ante la pantalla iluminada. Ahí estaba, injurioso, bien visible, por completo indefenso, el número 93330.... Me levanté con un gran alivio: el número no correspondía a nadie al que yo debiera nada. Tengo una buena memoria numérica y anduve un rato por la casa tratando de saber por qué aquel número me era familiar. Tuve un presagio o quizá fuera Dios que me telefonaba: me fui con el corazón muy agitado hasta el armario, tumbé todos los listines hasta dar con las páginas amarillas, busqué las empresas de radio-taxis y ahí estaba el pérfido 93330...., a nombre de una conocida empresa de radiotaxis.

Recordé, claro. Las llamadas habían comenzado después de un leve incidente nocturno. Una noche de lluvia, con pocos taxis. Había llamado al 330... y el taxi no venía pasados muchos minutos. Quien tenía que cogerlo optó por arriesgarse en la calle y obtuvo éxito inmediato. Llamé, anulé el servicio y me contestaron que estaba doblando la esquina. Me excusé hasta un cierto punto y colgué antes que ellos.

Después de la caza, mantuve la trampa abierta otras noches más. Las llamadas continuaron. En cierto modo las esperaba: el momento en que la pantalla se despertaba y mostraba el número presuntamente alevo-so llegó a estar dotado de una cierta fascinación: "Mira cómo se distrae el tiparraco...", pensaba yo, con la lengua arriba y abajo de los labios.

Al final no hice nada. Había evaluado las posibilidades de sacarles alguna pasta, por allanamiento de morada o estupro del sueño. Pensé en pedirles taxis falsos cada noche,

Aquella noche apenas dormí.

Todo estaba preparado. Pero

nadie llamó. No fue hasta dos

noches más tarde que cayó

la presa. El *ring* estruendoso

esparcía la zozobra: yo sonreía

ante la pantalla iluminada. Ahí

estaba, injurioso, bien visible,

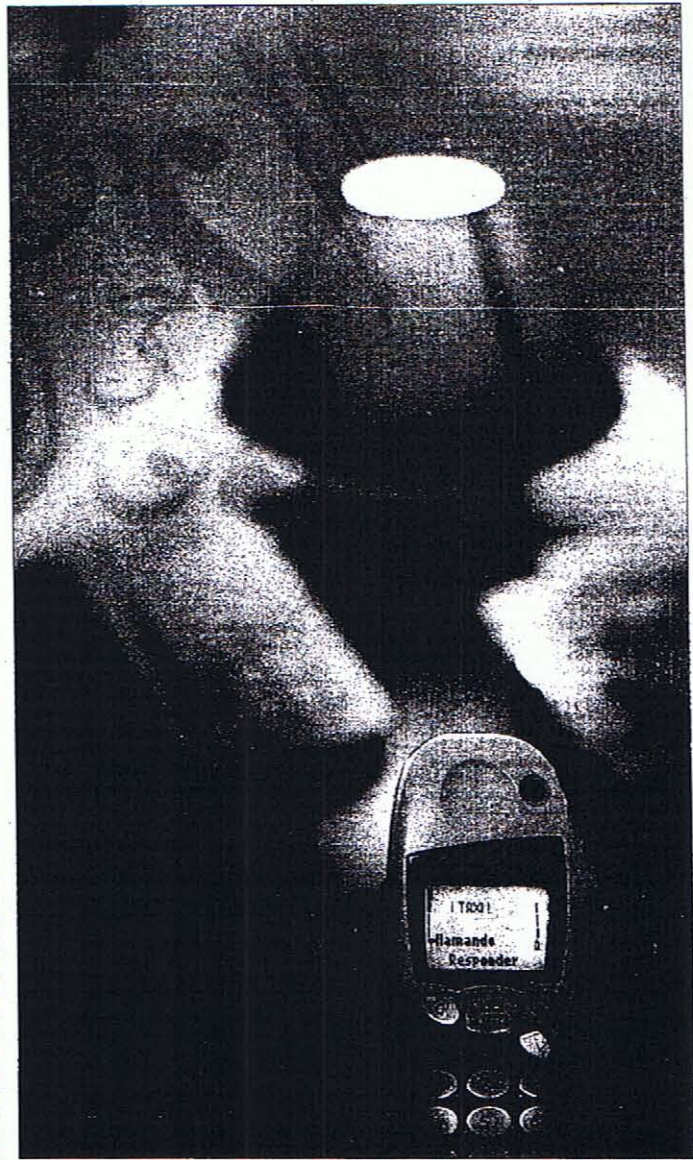
por completo indefenso, el

93330 y etcétera. Me levanté

con un gran alivio: el número

no correspondía a nadie al

que yo debiera nada.



MANOLO SURBANO

La telefonía digital ha traído grandes novedades; una de las más inmediatas es saber quién llama.

con la ayuda de algunos ciudadanos. Pensé en devolverles la llamada o en tener una conversación cara a cara con el dueño. Pero, en realidad, ya lo he insinuado, experimentaba una profunda paz interior. Haber cazado a un extraño, a un estúpido vengador de un nimio taxi perdido, me producía una gran paz interior. Por un momento pensé, incluso,

que no tenía más enemigos que éstos. No hice nada hasta hoy.

Había descubierto al malvado gracias a un sutil avance tecnológico: ¿cómo no creer en el progreso?. Sin embargo, este paso adelante de la Humanidad está en peligro. No me queda espacio para describir por qué y habrá que esperar a una próxima entrega.

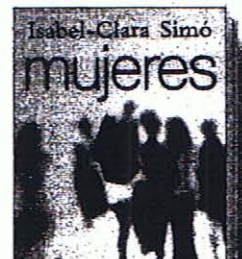


«Cuando dé vuelta a esta página haga ¡prrrrrrr! con la imaginación: habrá empezado un partido sólo para usted. Que lo disfrute.»
Jorge Valdano



«Extraordinaria selección de relatos que van desde el principio de siglo a la actualidad.»
Qué leer

ALEAGUARA



Más de cien mil lectores han disfrutado de su edición en catalán.



«El árbol de la gitana es un deslumbrante fresco histórico de las más verdaderas raíces de la América actual: la inmigración. Un libro original, intenso, y conmovedor.»